

por verse acosado de tantos males? ¡Ah, ciencia humana, cómo quedas confundida! Oid las últimas palabras del anciano, y os enternecereis é instruireis: «Hijo mio, le dice: no temas; es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios y nos apartáremos de todo pecado é hiciéremos el bien.» Al decir estas palabras, aquella mano patriarcal se alza al cielo y derrama sobre el hijo copiosas bendiciones; un ósculo santo sella sus mejillas; un casto abrazo los estrecha, y un torrente de lágrimas de gozo corre por las venerandas mejillas de Tobías, de Sara y del afortunado jóven. ¡Ah! La poesía con sus fingidas edades de oro no ha llegado aún á pintarnos un cuadro tan patético, donde tanto abundan la dicha y la bienandanza.

Sigamos, pues, las pisadas de estos justos, y seremos felices en la tierra, como ellos lo fueran en la observancia de la ley divina. Busquemos á Dios en todas nuestras acciones; amémosle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y así tendremos, aún en este mundo, la dicha de estar moralmente ciertos que algun día conmutaremos la dicha de la tierra por la bienaventuranza del cielo. Amen.

SERMON

SOBRE

LA INDIFERENCIA EN RELIGION COMO INJURIOSA Á DIOS.

(PARA EL DOMINGO II DE CUARESMA.)

Hic est Filius meus dilectus... Ipsum audite.

Éste es mi Hijo el amado... Oid su voz.

(MATH., XVII, 5.)

En el vértice de una montaña, y en el silencio de una noche apacible; en presencia de unos séres venerables por su antigüedad y sus hazañas y virtudes, y á la vista de unos discípulos ignorantes todavía, se representa una escena sorprendente y halagüeña. Un hombre, semejante en todo su exterior á los demás, mortal y corruptible como los otros, y compuesto de carne tosca como todo hijo de Adán, se reviste por unos momentos de una hermosura sobrehumana, descubre á los que le rodean una gloria que ocultaba bajo el grosero velo del cuerpo, enseña su noble figura más esplendente que el sol, y sus vestidos más blancos y hermosos que la nieve, convirtiendo la áspera montaña y la noche oscura en morada deliciosa y en día claro y sereno; era Jesus en el Tábor, asistido de Elías y Moisés, y acompañado de sus más amados discípulos.

Nada de esto me admira, amados míos, cuando sé

que mil años ántes viera David á este santo monte, dando voces y saltos de alegría, al sentir en su cima la fuerza del brazo divino; nada me extraña, pues el que obra esta trasformacion no es hombre solo, sino Hombre y Dios; ni tampoco es cosa nueva que el Padre que lo engendra desde la eternidad asista á este espectáculo prodigioso; pero hay en esta transfiguracion un hecho que llama mi atencion, y debe causar el mismo efecto en todos los hombres; despues de haber descubierto Jesus su gloria á los mortales, gloria increada en su Persona divina, gloria que poseeria su humanidad en toda su latitud despues de la Pasion, el Padre se dirige á toda la humanidad con estas palabras: «Éste es mi Hijo el amado... Oid su voz.» *Hic est Filius meus dilectus... Ipsum audite.* Y estas razones del Padre son admirables, porque en ellas está cifrada toda la bondad de Dios para con los hombres, y toda la obligacion de los hombres para con Dios, despues que Éste se humanó por ellos.

Poco tiempo ántes de esta transfiguracion, al presentarse Jesus en las aguas del Jordan para ser bautizado por el Bautista, y al dar principio á su predicacion, se abrieron los cielos, y el Padre dió testimonio público de que aquel que aparecia en forma de pecador era su Hijo bien amado, objeto de sus complacencias, mas no mandó á los hombres por aquel momento que oyesen su voz, y sólo les impuso este precepto despues que éstos fueron testigos de la gloria que le resultaria por la pasion; gloria de que ellos serian partícipes si seguian sus máximas y cumplieran sus preceptos; de modo que este Dios que en otro tiempo imponia leyes al pueblo hebreo, entre los espantosos rayos del Sinaí, prometiéndoles felicidades en esta vida, hoy nos manda que sigamos la voz de su Hijo; pero nos lo manda entre suaves y apacibles nubes, y enseñándonos ántes un diseño de lo que hemos de ser un dia en el cielo. *Hic est Filius meus, etc.*

Oir esta voz es un deber inherente á todo hombre; despreciar esta voz que nos enseña los caminos de nuestra felicidad temporal y eterna, es el mayor crimen que el hombre comete, y la mayor injuria que se hace á la Divinidad. No; desde que Dios ha hablado, no sólo por los Profetas, sino por sí mismo, el hombre no puede mostrarse indiferente en servir á este Dios, en oir su voz y en observar sus preceptos, sin ser un ingrato, un criminal, un rebelde. Así es que mi espíritu me conduce á combatir en este dia la indiferencia de nuestro siglo. Hay hombres indiferentes en seguir esta doctrina ó la otra, en abrazar una secta ú otra; los hay indiferentes en abrazar los preceptos morales, y los hay que, profesando el Catolicismo, miran con la mayor indiferencia sus leyes, sus preceptos, sus máximas, sus instituciones, sus dogmas y su moral; de modo que, al paso que tienen en su alma impreso el carácter de cristianos, llevan en su frente el sello de la bestia, la reprobacion y el anatema. Voy, pues, á hablar contra ellos en general, reservando para otras veces descifrar más la materia, y voy á probar que la indiferencia en religion es la mayor injuria que el hombre hace al cielo.

¡Dios Santo! He manifestado vuestra piedad en pocas palabras; dadme ahora un lenguaje de fuego que como vibrante espada penetre en el corazon de mis oyentes; llenadme de la fuerza de vuestro Espíritu, para sin temor descubrir sus maldades á vuestro pueblo. Esta gracia os pido por la mediacion de vuestra Madre, á quien saludamos todos reverentes.

AVE MARÍA.

El hombre fué criado para que adorase á Dios en espíritu y verdad, y éste es el fundamento de su existencia moral. Ciertamente la erudicion que ostentan los sábios de este siglo no debiera dar lugar á que saliésemos al combate contra ellos en este asunto; pero tales son los absurdos planteados en la sociedad moderna por esos hombres vanamente llamados sábios, regeneradores y filósofos, que, olvidándose los hombres de lo que son por su origen y de lo que deben ser por su fin, se han dedicado exclusivamente á cuentos y fábulas, como profetizaba San Pablo sucederia en los últimos tiempos del mundo; y no es de admirar esta indiferencia universal que hoy reina, cuando veo que la filosofía de nuestra edad enseña que una feliz combinacion elemental produjo los séres visibles, y áun al mismo hombre, y que el terror fué el origen del culto de los pueblos, y que ingenios humanos, superiores á los demás en conocimientos, fueron los autores de los dogmas y creencias religiosas que tanto ennoblecen al hombre; así habló la impiedad dogmatizante de años pasados, para preparar los caminos á una generacion indiferente como es la actual, haciéndola olvidar su origen y su fin, para que viviese sin religion, ó, mejor diremos, para que conociese á Dios sin adorarlo, para que creyese en el Evangelio sin practicarlo. Mas empecemos á atacarla: ¿quién crió al hombre? Reflexione cada cuál sobre su propia existencia, y por consecuencias las más naturales, comprenderá que debiendo su existencia á otro su semejante, ha de parar necesariamente en un principio hacedor y conservador, dotado de un saber infinito; verá que el acaso ciego y sin raciocinio no es capaz de dar á luz el noble compuesto humano, cuya organizacion no es conocida todavía con perfeccion, despues de miles de inquisiciones hechas por los ingenios más aventajados, y cuyas relaciones existentes entre la materia y el espíritu son superiores á nuestra comprension. Y de

aquí deduciremos que las fortuitas combinaciones elementales no han podido ser el principio de un sér animado, racional y espiritual, y que sólo otro sér infinitamente dotado de una razon increada y eterna puede ser el criador y el conservador del hombre y de los demás séres animados é insensibles, materiales y espirituales. Esta doctrina es inspirada por la religion, y á quien no la quiera profesar podremos decirle, con David, que el hombre no quiso comprender la nobleza de su origen, asemejándose á las bestias: *Homo cum in honore esset, non intellexit.*

Supuesto este principio, el hombre debia someterse á las leyes que su Criador le impusiera, y observar la religion que él le revelase; de lo contrario, el hombre dejaria de ser criatura, se trastornaria el orden de la naturaleza, y no hallaríamos medio alguno de relaciones entre Dios y el hombre, porque adornado éste de una alma espiritual, debia tener trato con Dios, conociendo que de Él dependia, y que á Él tenia que ir á parar como á su fin. Ved aquí la admirable economía de la Providencia en la creacion del hombre; ved las relaciones del hombre con Dios; ved el comercio de la criatura racional con el Inmortal por esencia. Y el hombre, este sér noble y privilegiado, que no ignora su principio ni su fin; este sér que ve la materia y trasciende hasta el espíritu; este sér que penetra hasta el fondo del abismo y se encumbra hasta los más altos cielos; que se nivela con los brutos por sus vicios y pasiones desarregladas, y se eleva hasta los ángeles por la penetracion de su espíritu y sus virtudes, ¿podrá desconocer la imágen de la Divinidad que lleva en sí mismo? ¿Podrá ser indiferente al culto de adoracion debida al que por un acto espontáneo lo sacó del caos de la nada? ¡Oh, amados míos! Sería esto la más apática estupidez del entendimiento, y la mayor injuria perpetrable contra el cielo; porque

esta indiferencia supone que Dios no exige ningun culto, ó que si lo exige de sus criaturas, no se ha servido manifestarlo; y siendo el hombre incapaz de dar á luz y plantear una religion con sus misterios y dogmas, él sería el inocente en sus mismos crímenes, y Dios sería el único culpable; lo que nos llevaria sensiblemente á decir, con el heresiarca Calvino, que Dios es causa de nuestros crímenes y autor directo de la maldad.

Pero léjos de nosotros una idea tan errónea; la indiferencia de los hombres es tanto más criminal, cuanto la voluntad divina se ha patentizado más en esta materia; apenas el mundo contaba los primeros dias de su infancia, cuando los hombres tributaban al Eterno un culto de adoracion, no inventado por ellos mismos, pues la religion supone misterios, y éstos no lo serian si fuesen parto de un espíritu limitado, no siendo conforme á razon que el hombre adore lo que comprende; y que Dios sea el autor de este culto, lo demuestra claramente el haber desechado las ofrendas de Cain porque no eran puras y sinceras, y haber aceptado las de Abel, en las cuales expresaba éste su sujecion al Sér Divino y el dominio que éste tiene sobre todo cuanto existe. He aquí cómo Dios manifestó en los primeros dias de la humanidad que era celoso de su gloria, y que no podia mirar con indiferencia los homenajes criminales del perverso, ni podia dejar de aceptar las religiosas adoraciones del Justo. Así es que al enseñar más tarde su ley á Israel, pone por preliminar de sus mandatos que exige de los hombres amor y adoracion, y que es Dios fuerte y celoso de su gloria: *Ego sum Deus tuus, fortis, zelotes.* (*Exod.*, xx, vers. 4.) A continuacion, promulgados los mandamientos, prescritos los ritos y mandados ungir los sacerdotes, concluye con estas mismas palabras, dignas de estar siempre vivas en nuestra alma: «A tu Dios adorarás y servirás á Él solo; y si abandonas esta ley, yo

haré que desaparezcas de la faz de la tierra.» ¿No es éste un Dios que enseña? ¿Un Dios que exige por derecho inalienable nuestras adoraciones? ¿No es un Dios que amenaza á los infractores de su ley con los castigos de la vida presente y los rigores de la eternidad? Si Dios no exige culto alguno de nosotros, ¿por qué dice á su pueblo que lo han de arruinar y asolar sus enemigos tan pronto como deje de ofrecer sacrificios dignos de su majestad y grandeza? Si Dios no exige culto alguno, ¿qué serian en presencia de la razon aquellos hombres de la antigüedad, aquellos padres del linaje humano, que dia y noche se postraban ante el acatamiento divino ofreciéndole holocaustos de adoracion, como Enoch, Seth, Abraham é Isaac, erigiéndole títulos, como Jacob, y consagrándole tabernáculos, como Moisés, Aaron, Samuel, David, Salomon, Ezequías y Esdras? ¿Habria sido un fanático aquel anciano conservador de nuestra estirpe al ofrecer el incienso de gratitud al Dios que lo salvó en el diluvio? ¿Sería un iluso el Padre de todos los creyentes por haber creído contra todo lo posible? ¿Sería un ignorante Moisés, aquel hombre eminente en historia, en política, en armas, en religion y moral; aquel que enseñó á los sábios á escribir y gobernar; aquel que fué la admiracion del paganismo; aquel que tuvo en sus manos el poder de Dios, que contuvo sus iras y disparó sus rayos; sería, repito, un fanático al postrarse ante el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, al consagrarle aras, sacerdotes y levitas? Sí: todos estos hombres serian unas fantasmas aparecidas entre las tinieblas de la antigüedad; serian unos hombres ilusos. Y, en verdad, así lo dijeron esos filósofos del siglo pasado cuando pretendieron llenar de ridiculeces y sarcasmos estos hechos que honran á los hombres. Pretendieron éstos hacer del Sér Supremo un ídolo semejante á los de los bárbaros, privado de vida y de atributos, incapaz, por consiguiente,

de exigir adoraciones, ni de castigar al sacrilego, y de este modo ¡qué dolor! al paso que deleitaban á una generacion frívola con sus producciones literarias, difundian á mansalva los venenosos principios que son la madre indisputable de la espantosa indiferencia con que los hombres de hoy miran la religion y la moral.

Horrenda es esta injuria, porque tiende á destruir la esencia de la Divinidad, y voy á hablar con el testimonio de Tertuliano. La indiferencia práctica debe suponer en el hombre consciente y racional la indiferencia especulativa, y esto es imposible, porque entónces caeríamos en el politeísmo. Sí, dice el sábio nombrado; si Dios no es uno por esencia, ya no es Dios; porque más digno es creer que no hay Dios, cualquiera que éste sea, que creer que hay muchos; y para que sepamos que no hay más que uno, examinemos lo que es Dios. ¿Y quién lo ignora? Es infinitamente justo, infinitamente santo, infinitamente poderoso, infinitamente omnipotente, y tiene todas las perfecciones de un modo infinito; por consiguiente, todo lo que existe es inferior á Él en grado infinito: inferior es el ángel, inferior el hombre, inferior cuanto vemos y palpamos; nos lo enseña la razon y nos lo dice la fé, cuyos dictámenes no contrarían los de aquélla. Luego, ó es necesario negar todas las relaciones y destruir todo principio, ó hemos de confesar que hay un Dios que no puede mirar con indiferencia los ultrajes que se hacen á su Majestad infinita por el hombre racional, cuando recibe homenajes de adoracion en cierto modo de los animales y de los elementos, siguiendo aquéllos los instintos que Dios les diera, y no pasando éstos de los límites que les fijára. El profesar, pues, la indiferencia en la práctica es querer suponerla en la especulativa, y por consiguiente es negar la existencia de Dios, ó conceder la pluralidad de los dioses; y entónces razon tendrían los paganos de haber adorado ídolos mudos, que

no podian explicar sus voluntades. ¡Á este abismo de inconsecuencias y errores conduce la indiferencia! Y, en efecto, yo voy á demostrar que si Dios no reveló á los hombres el culto que exige, dejaria de ser Dios, por haber faltado á sus atributos y perfecciones infinitas.

Y así es, amados míos. Si Dios no declaró á nuestros primeros padres su religion, fué injusto al condenar á Adán y á su descendencia por haber aquél faltado al primer deber de la adoracion, que consiste en la obediencia á los preceptos divinos; Dios en este caso fué un tirano que proscribió á un inocente. ¿Quién lo duda? Si dicen verdad los sábios carnales de la filosofía, Dios, al envolver en el cataclismo universal á todos los hombres por haber éstos corrompido todos los caminos, faltó al atributo de la justicia, pues no tenía derecho de condenar á la humanidad, no habiendo ésta recibido de Dios el precepto de amarlo, de servirlo y de adorarlo á Él solo. Ved las consecuencias de la indiferencia. ¡Dios no ha manifestado á los hombres su religion! Pero ¿qué indican las maravillas de la antigüedad? ¿Qué su aviso á Noé para que fabricase el arca en donde salvarse? ¿Qué la predicacion de éste por el espacio de ciento veinte años, predicacion despreciada y desatendida de los antediluvianos, pues comian, bebían, se casaban y fabricaban ciudades, hasta que por su incredulidad se vieron envueltos de repente entre las horrorosas escenas de la más horrenda catástrofe que han visto los mortales? ¿Qué indica la vocacion de Abraham, á quien Dios prometió que saldria de su semilla el admirable Justo que enseñaria á los mortales los caminos de la verdad? ¿Qué indican los prodigios obrados por Moisés y Aaron en Memphis, en Tánif y en el mar Rojo, para sacar á Israel de Egipto y llevarlo á la tierra de bendicion? ¿Qué los portentos que admiraron al Siná y Horeb, al Desierto y al Jordán, donde tan pronto se suspendian las aguas, tan